

## Prólogo

Winstead, maldito tramposo!

Daniel Smythe-Smith pestañeó. Estaba un poco borracho, sí, pero tenía la impresión de que alguien acababa de acusarle de hacer trampas con las cartas. Le llevó un momento convencerse, pues apenas hacía un año que era conde de Winstead y todavía había ocasiones en que olvidaba volverse cuando le llamaban por su título.

Pero no, él era Winstead o más bien Winstead era él y...

Hizo una inclinación con la cabeza y luego la sacudió. ¿En qué estaba pensando?

Oh, claro.

—No.

Habló despacio, bastante aturdido por todo el asunto, y alzó la mano para protestar. Tenía la certeza de no haber hecho trampas; en realidad, quizá fuera lo único de lo que estaba seguro después de la última botella de vino. Pero no consiguió decir nada más, de hecho, casi no pudo ni apartarse a tiempo cuando la mesa se estrelló contra él.

¿La mesa? Por todos los condenados, ¿tan borracho estaba?

Pero estaba claro que la mesa se hallaba ahora volcada y las cartas por el suelo, y Hugh Prentice le gritaba como un demente.

También estaría borracho.

—No he hecho trampas—dijo Daniel. Levantó las cejas y pestañeó, como si aquel gesto petulante fuera a despejar la capa vaporosa de ebriedad que parecía intoxicar la... bien, todo. Volvió la mirada a Marcus Holroyd, su mejor amigo, y se encogió de hombros—. Yo no hago trampas.

Todo el mundo sabía que él no hacía trampas.

Pero era evidente que Hugh había perdido la cabeza, y Daniel no podía hacer otra cosa que observarlo echando pestes, agitando los brazos y alzando la voz. Le recordó a un chimpancé, pensó Daniel con curiosidad, por supuesto sin todo el pelo.

—¿De qué habla? —preguntó, a nadie en concreto.

—Es imposible que tuvieras un as —clamó Hugh y se abalanzó contra él con uno de los brazos estirados a modo de acusación temblorosa—. El as debería estar encima... encima... —Indicó sacudiendo la mano hacia algún lugar en la zona próxima a donde se encontraba antes la mesa—. Bien, desde luego no deberías tenerlo tú —balbució.

—Pero lo tenía —le contestó Daniel, ni enfadado ni a la defensiva siquiera, expresándose con total naturalidad mientras se encogía de hombros con un gesto de *qué-más-se-puede-decir*.

—Imposible —contraatacó Hugh—. Conozco todas las cartas de la baraja.

Era cierto. Hugh identificaba siempre todas las cartas de la baraja, su mente contaba con esa perspicacia tan peculiar. También era capaz de hacer operaciones mentalmente, de las complicadas, con más de tres cifras, llevo tanto y tomo tanto, y todas esas majaderías que les obligaron a practicar una y otra vez en el colegio.

Visto en retrospectiva, seguramente Daniel no debería haberle desafiado a una partida, pero buscaban diversión y, con franqueza, no esperaba ganar.

Nadie ganaba jamás una partida de cartas a Hugh Prentice.

Bueno, a excepción de él, por lo visto.

—Sorprendente —murmuró Daniel bajando la vista a las cartas. Cierto que ahora estaban esparcidas por el suelo, pero él sabía qué cartas tenía. Se había sorprendido más que nadie al dejar sobre la mesa la mano ganadora—. He ganado —anunció, aunque tenía el presentimiento de que aquel comentario sobraba. Se volvió a Marcus—. ¡Mira tú!

—¿Ni siquiera le escuchas? —le dijo Marcus entre dientes, y dio una palmada ante el rostro de Daniel—. ¡Despierta!

Daniel frunció el ceño y la nariz por el pitido en sus oídos. En serio, eso había estado fuera de lugar.

—Ya estoy despierto —dijo.

—Exigiré una satisfacción.

Daniel le contemplaba con sorpresa.

—¿Qué?

—Nombra a tus padrinos.

—¿Me estás desafiando a un duelo?

A eso sonaba, aunque, claro, estaba borracho. Y prefería pensar que Prentice también lo estaba.

—Daniel —gruñó Marcus.

Daniel se dio media vuelta.

—Creo que me está desafiando a un duelo.

—Daniel, cállate.

—Pff. —Daniel descartó hacer caso a Marcus con un movimiento de la mano. Le quería como a un hermano, pero podía ser muy pesado a veces—. Hugh —entonces se dirigió al hombre furioso que tenía delante— no seas tan burro.

Hugh se rió.

Daniel se apartó de un brinco, pero no lo bastante rápido, y ambos acabaron estrepitosamente en el suelo. Daniel pesaba al menos cinco kilos más, pero Hugh estaba rabioso, mientras él sólo se sentía embotado por el alcohol, de modo que Hugh le endiñó al menos cuatro puñetazos antes de que él lograra soltar el primero.

Y ni siquiera así consiguió alcanzarle, porque Marcus y otros pocos se interpusieron de un salto entre ambos para separarlos.

—Eres un maldito tramposo —bramó Hugh forcejeando contra los dos hombres que le retenían.

—Y tú eres idiota.

El rostro de Hugh se alteró aún más.

—Recibiré una satisfacción.

—Oh, no, de eso nada —escupió Daniel. En algún momento, probablemente con algún puñetazo de Hugh en su mentón, la confusión

de Daniel había dado paso a la furia—. Seré yo quien reciba una satisfacción.

Marcus gimió.

—¿En el Patch of Green? —dijo Hugh con frialdad, en referencia al lugar apartado de Hyde Park donde los caballeros solventaban sus diferencias.

Daniel fijó la mirada en los ojos de Hugh.

—Al amanecer.

Los murmullos se transformaron en un silencio mientras todo el mundo esperaba que ambos hombres recuperaran la cordura.

Pero no fue así, por supuesto que no.

Hugh alzó tan sólo un poco la comisura de los labios:

—Así será entonces.

—Oh, por todos los condenados —gimió Daniel—. Qué dolor de cabeza.

—No me imagino, la verdad —dijo Marcus con sarcasmo—, por qué será.

Daniel tragó saliva y se frotó el ojo bueno. El que Hugh no le había dejado morado la noche anterior.

—No te queda bien ser sarcástico.

Marcus ni le hizo caso.

—Todavía estás a tiempo de poner fin a esto.

Daniel miró a su alrededor, a los árboles en torno al claro, al césped de verde hierba extendida ante él, hasta llegar a Hugh Prentice y al hombre de pie que se hallaba a su lado inspeccionando su arma. El sol acababa de salir apenas hacía diez minutos y el rocío matinal aún impregnaba con afán todas las superficies.

—Un poco tarde ya para eso, ¿no te parece?

—Daniel, esto es de idiotas. No estás para esgrimir una pistola, seguro que todavía estás aturdido por la borrachera de anoche. —Marcus desplazó la mirada hasta donde se hallaba Hugh con expresión estremecida—. Igual que él.

—Me llamó tramposo.

—No merece la pena morir por eso.

Daniel entornó los ojos.

—Oh, por el amor de Dios, Marcus. No va a dispararme en realidad.

Una vez más Marcus dirigió a Hugh una mirada de preocupación.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

Daniel restó importancia a sus desvelos y volvió a entornar los ojos.

—Disparará al aire.

Marcus sacudió la cabeza y se fue andando al encuentro del padrino de Hugh en medio del claro. Daniel les observó mientras inspeccionaban las armas y deliberaban con el cirujano.

¿A quién diantres se le había ocurrido traer un cirujano? Nadie se disparaba de verdad por esas cosas.

Marcus regresó con expresión adusta, y tendió a Daniel su arma.

—Intenta no matarte —masculló—. Ni a él.

—Eso haré —respondió Daniel, intentando sonar lo bastante desenfadado como para quitarle el canguelo a Marcus. Ocupó su puesto, alzó el brazo, y esperó a que contaran hasta tres.

Uno.

Dos.

Tr...

—¡Por todos los muertos, me has disparado! —aulló Daniel, mirando a Hugh con conmoción furiosa. Bajó la vista a su hombro empapado de sangre por momentos. Sólo era una herida en el músculo, pero, Dios bendito, cómo dolía. Y era el brazo con el que disparaba—. ¿En qué diantres estabas pensando? —gritó.

Hugh se hallaba ahí de pie contemplándole como un imbécil, como si no fuera consciente de que una bala pudiera provocar sangre.

—Maldito idiota —balbució Daniel, alzando el arma para disparar a su vez. Apuntó a un lado —había un buen árbol lo bastante espeso como para recibir un balazo—, pero entonces el cirujano se aproximó corriendo, explicando alguna tontería, y cuando Daniel

se volvió hacia él, resbaló sobre un trozo de hierba mojada y su dedo apretó el gatillo, disparando antes de lo que había calculado.

*Maldición*, el retroceso le dolió. Serás estúpido.

Hugh dio un grito.

A Daniel se le heló la piel y, con horror creciente, alzó la vista hasta el punto donde Hugh se encontraba un momento antes.

—Oh, Dios mío.

Marcus ya se acercaba corriendo, igual que el cirujano. Había sangre por todas partes, tanta que Daniel alcanzaba a verla derramada por el césped incluso desde el otro lado del claro. El arma se le escapó entre los dedos y dio un paso hacia delante casi en estado de trance.

Santo Dios. ¿Acababa de matar a un hombre?

—¡Traigan mi maletín! —aulló el cirujano. Daniel dio otro paso hacia delante. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Ayudar? Marcus ya estaba al lado del padrino de Hugh ofreciendo su asistencia y, además, ¿acaso no acababa Daniel de dispararle?

¿Era esto lo que se esperaba de un caballero? ¿Ayudar a un hombre después de pegarle un tiro?

—¡Aguenta, Prentice! —rogaba alguien, y Daniel dio otro paso, y otro más, hasta que el hedor cobrizo de la sangre le alcanzó como un puñetazo.

—Un torniquete —dijo alguien.

—Va a perder la pierna.

—Mejor que perder la vida.

—Hay que parar la hemorragia.

—Aprieta más.

—¡Mantente despierto, Hugh!

—¡No para de sangrar!

Daniel escuchaba, no sabía quién decía qué, pero no importaba. Hugh se estaba muriendo, justo ahí sobre la hierba, y él lo había provocado.

Había sido un accidente. Hugh le había disparado antes. Y la hierba estaba mojada.

Se había resbalado, Santo Dios. ¿Sabían que se había resbalado?  
—Yo... yo... —Intentó hablar, pero no tenía palabras, y de cualquier modo, sólo Marcus le prestaba atención.

—Mejor te mantienes al margen —dijo éste con gravedad.

—¿Está...? —Daniel intentó plantear la única pregunta que importaba, pero se atragantó.

Y luego se desmayó.

Cuando Daniel recuperó el conocimiento, se encontraba en la cama de Marcus con el brazo vendado muy prieto. Marcus estaba sentado en una silla próxima, mirando por la ventana resplandeciente con el sol del mediodía. Al oír el gemido del despertar de Daniel, se volvió con urgencia para mirar a su amigo.

—¿Hugh? —preguntó Daniel con aspereza.

—Está vivo. O al menos lo estaba la última vez que he preguntado.

Daniel cerró los ojos.

—¿Qué he hecho? —susurró.

—Tiene la pierna destrozada —explicó Marcus—. Le alcanzaste en una arteria.

—No era mi intención.

Sonaba patético, pero era la verdad.

—Lo sé. —Marcus regresó a la ventana—. Tienes una puntería terrible.

—Me resbalé, estaba mojado.

No sabía por qué lo decía siquiera. No importaba, no importaría si Hugh hubiera muerto.

Qué puñetas, eran amigos. Ésa era la parte más insensata de todo eso. Eran amigos, él y Hugh. Se conocían de años atrás, desde el primer trimestre en Eton.

Pero él había estado bebiendo, Hugh también, y todo el mundo, a excepción de Marcus, que nunca tomaba más de una copa.

—¿Cómo tienes el brazo? —preguntó Marcus.

—Duele.

Marcus asintió.

—Es preferible que duela —dijo Daniel apartando la mirada.

Marcus probablemente volvió a asentir.

—¿Sabe algo mi familia?

—No lo sé —contestó Marcus—. Si no lo saben, se enterarán pronto.

Daniel tragó saliva. Suciedera lo que sucediera al final, él sería un paria y el suceso salpicaría a su familia. Sus hermanas estaban casadas, pero Honoria acababa de debutar en sociedad. ¿Quién la aceptaría ahora?

No quería pensar siquiera en cómo afectaría esto a su madre.

—Voy a tener que dejar el país —dijo Daniel con rotundidad.

—Todavía no ha muerto.

Daniel se volvió hacia él, incapaz de creer la simplicidad de aquella afirmación.

—Si vive, no tendrás que marcharte —añadió Marcus.

Era verdad, pero a Daniel le costaba imaginar que Hugh llegara a reponerse. Había visto la sangre, había visto la herida. Diantres, había visto incluso el hueso, ahí al descubierto. ¡Todos lo habían visto.

Nadie sobrevivía a una herida así. Si la pérdida de sangre no le mataba, la infección lo haría.

—Debo ir a verle —decidió al final Daniel, haciendo un esfuerzo para incorporarse sobre la cama. Sacó las piernas por un lado y casi había tocado el suelo cuando Marcus le alcanzó.

—No es una buena idea —le advirtió.

—Tengo que decirle que no fue intencionado.

Marcus alzó las cejas.

—No creo que eso pueda importar.

—A mí me importa.

—Puede que se haya personado el juez.

—Si el juez me buscara, ya me habría encontrado aquí.

Marcus consideró aquello, y luego se hizo a un lado manifestando por fin:

—Tienes razón.



Le tendió el brazo y Daniel lo cogió para estabilizarse.

—Jugué a las cartas —dijo Daniel con voz apagada— porque es lo que hace un caballero. Y cuando él me llamó tramposo, respondí, porque es lo que hace un caballero.

—Ahórrate esto —dijo Marcus.

—No —contestó Daniel misteriosamente. Iba a acabarlo. Ciertas cosas debían decirse. Se volvió a Marcus con ojos brillantes—. Disparé a un lado, porque es lo que hace un caballero —declaró con furia—. Y fallé. Fallé y le alcancé, y ahora voy a hacer lo que hace un hombre, qué puñetas, acudir a su lado para decirle que lo lamento.

—Te llevaré allí —dijo Marcus. Poco más podía decir.

Hugh era el segundo hijo del marqués de Ramsgate, y tras el duelo le habían llevado a la casa de su padre en St. Jame's. Daniel no tardó en determinar que no era bien recibido allí.

—¡Cómo! —bramó lord Ramsgate estirando un brazo para señalar a Daniel como si identificara al mismo diablo—. ¿Cómo se atreve a asomar la cabeza por aquí?

Daniel se quedó muy quieto. Ramsgate tenía derecho a estar enfadado. Estaba conmocionado, estaba desconsolado.

—He venido a...

—¿Presentar sus últimos respetos? —Lord Ramsgate le interrumpió con sorna—. Estoy seguro de que lamentará enterarse de que todavía es un poco pronto para eso.

Daniel se permitió un destello de esperanza.

—¿Entonces vive?

—Apenas.

—Querría disculparme —dijo Daniel con fría formalidad.

Los ojos de Ramsgate, saltones de por sí, aumentaron hasta alcanzar dimensiones imposibles.

—¿Disculpase? ¿De verdad? ¿Cree que una disculpa va a salvarle de la horca si mi hijo muere?

—No es el motivo de que...

—Me encargaré de que acabe en la horca, no crea que no voy a hacerlo.

Daniel no lo dudó ni por un segundo.

—Fue Hugh quien lo retó a un duelo —dijo Marcus en voz baja.

—No me importa quién desafiara a quién —soltó Ramsgate—. Mi hijo hizo lo que se esperaba de él. Apuntó a un lado, pero éste... —Se volvió entonces hacia Daniel con un chorro de veneno y de dolor—. Le disparó. ¿Por qué tenía que hacerlo?

—No fue intencionado.

Por un momento Ramsgate se limitó a observarle.

—No fue intencionado. ¿Es ésa su explicación?

Daniel no dijo nada. Sonaba poco convincente también para sus oídos. Pero era la verdad y era espantoso.

Miró a Marcus con la esperanza de obtener algún consejo silencioso, algo que le indicara qué decir, cómo proceder en aquellas circunstancias. Pero Marcus parecía tan perdido como él, y Daniel supuso que sólo podía disculparse otra vez y marcharse, y eso habría hecho si justo entonces no hubiera entrado el mayordomo en la habitación para anunciar que el médico había bajado ya.

—¿Cómo está? —quiso saber Ramsgate.

—Vivirá —confirmó el doctor—, contando con que consiga evitar la infección.

—¿Y la pierna?

—La conservará. De igual modo, si evita la infección. Pero tendrá problemas de movilidad y es muy probable que se quede cojo. El hueso se ha astillado; lo he encajado lo mejor que he podido... —El doctor se encogió de hombros—. Poco más puedo hacer.

—¿Cuándo sabrá si se ha librado de la infección? —preguntó Daniel. Tenía que saberlo.

El doctor se volvió.

—¿Usted quién es?

—El indeseable que disparó a mi hijo —replicó Ramsgate entre dientes.

El doctor retrocedió con conmoción, y también por su propia supervivencia cuando Ramsgate avanzó por la habitación.

—Escúcheme bien —dijo con malevolencia, avanzando hacia Daniel hasta que casi chocaron sus narices—. Pagaré por esto. Ha arruinado la vida de mi hijo. Aunque viva, le habrá arruinado, con una ruina de pierna y una ruina de vida.

Un nudo frío de inquietud se formó en el pecho de Daniel. Sabía que Ramsgate estaba alterado —estaba en su derecho de estarlo—, pero algún otro elemento se había desatado. El marqués parecía desequilibrado, como poseso.

—Si muere —declaró Ramsgate entre dientes— colgará de la horca. Si no muere, y escapa de algún modo a la ley, yo mismo le mataré.

Estaban de pie tan próximos el uno al otro que Daniel sentía el aire húmedo que escapaba de su boca con cada palabra. Y al mirar a los centelleantes ojos verdes del hombre mayor, conoció el significado de tener miedo.

Lord Ramsgate iba a matarle. Sólo era cuestión de tiempo.

—Señor —empezó a decir, porque algo tenía que decir. No podía quedarse ahí y aceptar aquello como si tal cosa—, me veo en la obligación de decirle...

—No, soy yo quien va a decirle algo —escupió Ramsgate—. No me importa quién sea ni el título que su progenitor de mala muerte le haya transmitido. Va a morir. ¿Me entiende?

—Creo que es hora de que nos marchemos —intervino Marcus. Metió un brazo entre los dos hombres y amplió con cuidado el espacio que les separaba—. Doctor —dijo con un ademán al médico al tiempo que acompañaba a Daniel—. Lord Ramsgate.

—Cuenta los días que te quedan, Winstead —advirtió Ramsgate—. O mejor aún, las horas.

—Señor —volvió a decir Daniel en un intento de mostrar respeto al hombre mayor. Quería llevar las cosas bien, necesitaba intentarlo—, es mi obligación decirle...

—Ni me hable —interrumpió Ramsgate—. Nada que diga ahora va a salvarle. No hay lugar en el que pueda ocultarse.

Ramsgate miró a Marcus como si fuera un idiota.

—¿Se creen que lo haré yo mismo? Es bien fácil contratar a un asesino. El precio de una vida vale muy poco, desde luego que sí. —Volvió la cabeza con brusquedad hacia Daniel—. Incluso la de éste.

—Debo marcharme —dijo el doctor. Y se largó.

—Recuerde esto, Winstead —concluyó Ramsgate arrojando su desdén venenoso por los ojos—. Puede huir, puede intentar ocultarse, pero mis hombres le encontrarán. Y no va a saber quiénes son, por lo tanto nunca les verá acercarse.

Esa frase había obsesionado a Daniel durante los siguientes tres años. De Inglaterra a Francia, de Francia a Prusia, y de Prusia a Italia. La oía mientras dormía, en el rumor de los árboles y en cada pisada que percibía tras él. Aprendió a situarse de espaldas a la pared, a no fiarse de nadie, ni siquiera de las mujeres con las que buscaba el placer de tanto en tanto. Y aceptó el hecho de que nunca volvería a poner el pie en suelo inglés ni a ver a su familia, hasta el día en que, para gran sorpresa suya, Hugh Prentice se acercó cojeando hacia él en un pequeño pueblo de Italia.

Sabía que Hugh había sobrevivido. Recibía alguna que otra carta de su familia, pero no esperaba volver a verle, desde luego no en aquel lugar, con el sol mediterráneo calentando la antigua plaza del pueblo y los gritos de *arrivederci* y *buon giorno* cantados a través del aire.

—Te he encontrado —dijo Hugh al tiempo que le tendía la mano—. Lo lamento.

Y luego pronunció las palabras que Daniel jamás había pensado oír:

—Ya puedes volver a casa. Te lo prometo.

# Capítulo 1

*P*ara ser una dama que había pasado los últimos ocho años intentando pasar desapercibida, Anne Wynter se encontraba en una situación delicada.

Dentro de un minuto aproximadamente se vería obligada a salir a un escenario improvisado, hacer una reverencia ante ochenta miembros como mínimo de la *crème de la crème* de la sociedad londinense, sentarse ante un pianoforte y tocar.

El hecho de compartir escenario con otras tres jóvenes le producía cierto consuelo. Las otras tres, miembros del cuarteto Smythe-Smith de triste fama e intérpretes todas ellas de instrumentos de cuerda, tendrían que situarse de cara al público. Ella al menos podría concentrarse en las teclas de marfil y mantener la cabeza agachada. Con un poco de suerte, la audiencia estaría demasiado concentrada en lo horrible de aquella música como para prestar atención a la incorporación de una mujer morena que en el último momento se había visto obligada a ocupar el puesto de la pianista quien (tal y como declaraba su madre a cualquiera que la escuchara) había caído terriblemente, no, fatalmente enferma.

Anne no se creyó ni por un instante que lady Sara Pleinsworth estuviera enferma, pero no podía hacer nada al respecto, no si quería seguir en su puesto de institutriz de las tres hermanas pequeñas de lady Sarah.

Pero lady Sarah sí había convencido a su madre, quien había decidido que el espectáculo debía llevarse a cabo. Y entonces, después

de relatar la historia sorprendentemente detallada de los diecisiete años de velada musical Smythe-Smith, la dama había declarado que Anne ocuparía el lugar de su hija.

—Me dijo en una ocasión que había tocado algunos fragmentos del Cuarteto para piano número uno de Mozart —le recordó lady Pleinsworth.

Anne ahora lo lamentaba, profundamente.

No pareció importar que ella nunca hubiera tocado la pieza en cuestión en más de ocho años, ni que jamás la hubiera interpretado en su totalidad. Lady Pleinsworth no estaba dispuesta a entrar en discusiones y Anne fue arrastrada a casa de su cuñada, donde se celebraría el concierto y dispondría de ocho horas para ensayar.

Era ridículo.

Lo único que la salvaba era que el resto del cuarteto era tan terrible que sus errores apenas se apreciarían. De hecho, su único objetivo en la velada era pasar desapercibida. Porque no quería, así era, que le prestaran atención. Por unas cuantas razones.

—Casi es la hora —susurró Daisy Smythe-Smith con excitación.

Anne le dedicó una sonrisita. Daisy parecía no percatarse de que tocaba fatal.

—Me muero de ganas —sentenció con voz rotunda y desdichada la hermana de Daisy, Iris, quien sí era consciente.

—Ha llegado el momento —declaró Honoria Smythe-Smith, su prima—. Va a ser maravilloso. Somos una familia.

—Bien, ella no —señaló Daisy indicando a Anne con la cabeza.

—Esta noche sí lo es —declaró Honoria—. Y una vez más, gracias, señorita Wynter. Ha salvado el evento, de verdad.

Anne murmuró unas pocas palabras absurdas, pues se sentía incapaz de decir que lo hacía encantada, que no era ningún inconveniente. Le caía bastante bien lady Honoria. A diferencia de Daisy, ella sí se percataba de lo espantosas intérpretes que eran, pero al contrario de Iris, mantenía el deseo de actuar. Todo tenía que ver con la familia, insistía Honoria. Familia y tradición. Diecisiete combinaciones de primas Smythe-Smith habían formado parte del cuarteto antes que

ellas, y si por Honoria fuera, otras diecisiete las seguirían. No importaba cómo sonara la música.

—Oh, sí que importa —musitó Iris.

Honoria pinchó levemente a su prima con el arco del violín.

—Familia y tradición —le recordó—, eso es lo que importa.

Familia y tradición. A Anne no le habría importado contar con un poco de eso, aunque, la verdad, no le había ido tan bien en su primera experiencia.

—¿Vosotras veis algo? —preguntó Daisy. Brincaba sobre un pie y luego sobre el otro como una urraca frenética. Anne ya había retrocedido un par de veces sólo para protegerse los pies.

Honoria, más próxima al lugar por donde saldrían, asintió.

—Hay algunos asientos vacíos, pero no muchos.

Iris gimió.

—¿Es así cada año? —preguntó Anne sin poder contenerse.

—¿Cómo? —respondió Honoria.

—Bien, eh...

Había algunas cosas que una sencillamente no decía a las sobriñas de la dama que te daba trabajo. Por ejemplo, una no hacía ningún comentario explícito sobre la falta de habilidades musicales de otra joven dama. Ni se preguntaba en voz alta si los conciertos eran siempre tan espantosos o si este año iba a ser especialmente malo. Y sin duda una no preguntaba por qué, si los conciertos eran siempre tan horribles, la gente seguía viniendo.

Justo entonces Harriet Pleinsworth, de quince años, entró derrapando por la puerta lateral.

—¡Señorita Wynter!

Anne se volvió, pero antes de poder decir algo, Harriet anunció:

—Aquí estoy para volverle las páginas.

—Gracias, Harriet. Eso será de gran ayuda.

Harriet dedicó una mueca a Daisy, quien la miró con desdén.

Anne se dio media vuelta para que nadie la viera entornar los ojos. Esas dos nunca se habían llevado bien. Daisy se tomaba demasiado en serio a sí misma y Harriet no se tomaba ninguna cosa en serio.

—¡Es el momento! —anunció Honoria.

Salieron al escenario y, tras una breve presentación, empezaron a tocar.

Anne, por su parte, empezó a rezar.

Dios bendito, nunca había trabajado tan duro en toda su vida. Sus dedos corrían sobre las teclas en un intento desesperado de seguir a Daisy, que tocaba el violín como si participara en una carrera.

*Esto es ridículo ridículo ridículo*, canturreaba Anne mentalmente. Era de lo más extraño, pero la única manera de superar aquello sería hablándose a sí misma. La pieza musical era terriblemente difícil, incluso para intérpretes consumados.

*Ridículo ridículo...* ¡agh! ¡Do sostenido! Ann estiró su meñique derecho y dio en la tecla justo a tiempo. Lo cual venía a decir, dos segundos después de lo que correspondía.

Miró a hurtadillas al público un segundo. Una mujer en la primera fila parecía enferma.

*De vuelta al trabajo de vuelta al trabajo*. Oh, cielos, la nota equivocada. Qué más da, nadie se dará cuenta, ni siquiera Daisy.

Y siguió tocando, medio preguntándose si no debería inventarse su parte sin más contemplaciones. Era imposible que la música sonara peor. Daisy volaba sobre su sección, modulando el volumen entre alto y extremadamente alto; Honoria continuaba avanzando como si cada nota fuera una pisada decidida; e Iris...

Bien, Iris de hecho era *buena*. Una cuestión sin importancia.

Anne tomó aliento y estiró los dedos durante una breve pausa en la parte del piano. Luego regresó a las teclas y...

*Pasa la página, Harriet.*

*Pasa la página, Harriet.*

—¡Pasa la página, Harriet! —dijo entre dientes.

Harriet volvió la página.

Anne tocó el primer acorde y luego se percató de que Iris y Honoria ya iban un par de compases por delante. Daisy seguía... bueno, Dios misericordioso, no tenía ni idea por donde iba Daisy.



Anne se adelantó hasta donde confiaba en que se encontraban las otras. Al menos, se encontrarían en algún lugar en el medio.

—Te has saltado una parte —susurró Harriet.

—No importa.

Y, la verdad, no importaba.

Y luego, por fin, oh, por fin, llegaron a los compases en que ella no tenía que tocar durante tres páginas enteras. Se acomodó hacia atrás y soltó un suspiro que hacía rato contenía, diría ella que hacía diez minutos, y...

Vio a alguien.

Se quedó paralizada. Alguien las estaba observando desde el cuarto posterior. La puerta por la que habían salido al escenario —que Anne estaba segura de haber ajustado con un ruidito seco— ahora estaba un poco entreabierta. Y, como ella era la que estaba más próxima a la puerta, por no decir que era la única intérprete que no le daba la espalda, alcanzó a ver un fragmento del rostro de un hombre escuchando a través de la rendija.

*Pánico.*

La recorrió de súbito y se apoderó de sus pulmones, abrasándole la piel. Era una sensación conocida, que no experimentaba a menudo, gracias a Dios, pero sí con frecuencia suficiente. Cada vez que veía a alguien en un lugar donde no debería estar...

*Alto.*

Se obligó a respirar. Se encontraba en la residencia de la condesa viuda de Winstead. No podía estar más segura en ningún otro lugar. Lo que necesitaba hacer era...

—¡Señorita Wynter! —soltó Harriet entre dientes.

Anne recuperó la atención con un sobresalto.

—No ha entrado a tiempo.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó Anne con frenesí.

—No lo sé. No sé solfeo.

A su pesar, Anne alzó la vista.

—Pero tocas el violín.

—Lo sé —dijo Harriet con abatimiento.

Anne inspeccionó las notas de la página tan rápido como pudo, saltando de compás en compás a gran velocidad.

—Daisy nos está fulminando con la mirada —susurró Harriet.

—Chit. —Anne necesitaba concentrarse. Pasó la página, confió en acertar y formó con los dedos un sol menor sobre el teclado.

Que luego cambió a mayor. Así estaba mejor.

*Mejor* era un término de lo más relativo.

Durante el resto de la actuación mantuvo la cabeza baja. No alzó la mirada, no miró al público ni al hombre que la observaba desde el cuarto posterior. Vapuleaba las teclas con la misma finura que el resto de las chicas Smythe-Smith y, cuando acabaron, se puso en pie e hizo una reverencia con la cabeza todavía inclinada, luego murmuró algo a Harriet sobre alguna cosa que tenía que hacer y salió huyendo.

Daniel Smythe-Smith no tenía planeado regresar a Londres el día de la velada musical anual de su familia y desde luego sus oídos deseaban con desesperación que no lo hubiera hecho, pero su corazón... bien, eso era otra historia.

Daba gusto encontrarse en casa, a pesar incluso de la cacofonía.

Sobre todo por la cacofonía. Nada significaba tanto estar en «casa» para un Smythe-Smith masculino como esa música mal interpretada.

No quiso que nadie le viera antes del concierto; llevaba fuera tres años y sabía que su regreso eclipsaría la actuación. El público probablemente se lo habría agradecido, pero lo último que él quería era saludar a su familia delante de una multitud de nobles y damas, la mayoría de los cuales pensaban que debería haber seguido exiliado.

Pero quería ver a su familia, de modo que en cuanto oyó las primeras notas musicales, se introdujo en silencio en el cuarto de ensayos, se acercó de puntillas a la puerta y la abrió justo una rendija.

Sonrió. Ahí estaba Honoria con esa gran sonrisa suya mientras atacaba el violín con su arco. No tenía ni idea de que lo suyo no era tocar, pobrecita. Las otras hermanas eran igual de negadas, pero a él le encantaba que lo intentaran.

Al otro violín estaba... santo cielo, ¿era Daisy? Pero ¿no era aún una colegiala? No, calculó que ahora ya tendría dieciséis, aún no se habría presentado en sociedad, pero había dejado de ser una niña.

Y también estaba Iris al chelo, con aspecto abatido. Y al piano...

Hizo una pausa. ¿Quién diantres tocaba el piano? Se inclinó un poco más. No consiguió ver mucho de su rostro, pues tenía la cabeza baja, pero una cosa era segura..., desde luego no era prima suya.

Vaya, esto sí que era un misterio. Sabía de buena tinta (porque su madre se lo había contado así muchas veces) que el cuarteto Smythe-Smith lo componían damas solteras Smythe-Smith, y nadie más. La familia se enorgullecía bastante de esto, de haber dado tantas primas con inclinaciones musicales; en palabras de su madre, no suyas. Cuando una se casaba, siempre había otra esperando a ocupar el puesto. Nunca habían necesitado de nadie que no fuera de la familia para que tomara parte en los conciertos.

Pero, volviendo al tema, ¿qué persona ajena a la familia querría tomar parte?

Una de sus primas habría enfermado, era la única explicación. Intentó recordar quién tendría que ocupar el piano. ¿Marigold? No, ya estaba casada. ¿Viola? Le parecía que había recibido una carta diciendo que ella también había contraído matrimonio. ¿Sarah? Debía de ser Sarah.

Sacudió la cabeza. Tenía un montonazo de primas.

Observó a la dama sentada al piano con cierto interés. Se esforzaba en seguir a las demás, meneaba la cabeza mientras dirigía miradas a la partitura y de vez en cuando se estremecía. Harriet estaba a su lado, pasándole las páginas siempre en el momento indebido.

Daniel soltó una risita. Fuera quien fuera la pobrecilla, confiaba en que su familia le pagara bien.

Y entonces, por fin, la pianista levantó los dedos de las teclas cuando Daisy inició su penoso solo de violín. La vio soltar una exhalación, estirar los dedos y luego...

Alzó la vista.

El tiempo se detuvo, así de sencillo. Aunque fuera una manera de

lo más sensiblera y estereotipada de decirlo, esos pocos segundos en que alzó el rostro hacia él... se prolongaron y dilataron, fundiéndose con la eternidad.

Era bellísima, pero eso no explicaba su reacción. Había visto antes mujeres hermosas, incluso se había acostado con unas cuantas. Pero esta... su... ella...

Hasta sus pensamientos se quedaron bloqueados.

Su cabello relucía oscuro y espeso, no importaba que lo llevara recogido en un práctico moño. No le hacía falta rizárselo ni añadir cintas de terciopelo. Podría estirárselo hacia atrás como una bailarina o incluso se lo podría afeitar, y seguiría siendo la criatura más exquisita que había contemplado en su vida.

Era su rostro, eso tenía que ser. Pálido y en forma de corazón, con las cejas oscuras más asombrosas y sublimes. En aquella penumbra, no distinguía el color de los ojos, y aquello le pareció una tragedia, pero sus labios...

Confió con ansiedad en que esa mujer no estuviera casada, porque iba a besarla. La única cuestión era cuándo.

Luego ella le vio; lo supo en el instante en que sucedió. Su rostro se sacudió con un diminuto jadeo y a continuación se quedó paralizada, abriendo mucho los ojos, llenos de alarma. Él sonrió con sarcasmo, sacudiendo la cabeza. ¿Creería ella que era un loco que se había introducido en la residencia Winstead para espiar el concierto?

Bien, supuso que podría pensarlo. Daniel llevaba demasiado tiempo recelando de los desconocidos y reconocía ese rasgo en otra persona. Ella no sabía quién era, y estaba claro que nadie debería encontrarse en el cuarto de ensayos durante la actuación.

Lo asombroso fue que ella no apartó la vista. Le aguantó la mirada, y él no se movió, ni siquiera respiró hasta que el momento quedó interrumpido por su prima Harriet, quien llamó la atención de la mujer morena, supuestamente para informarle de que no había entrado a tiempo.

No volvió a alzar la cabeza.

Pero Daniel siguió observándola. La siguió observando con cada

cambio de página, cada acorde *fortissimo*. La observó con tal intensidad que en cierto momento incluso dejó de oír la música. Su mente interpretaba su propia sinfonía, pletórica y fastuosa, avanzando hacia una clímax perfecto e inevitable.

Que nunca llegó. El hechizo se rompió cuando el cuarteto se entregó con violencia a las últimas notas y las cuatro damas se pusieron en pie para hacer una reverencia. La belleza morena dijo algo a Harriet —quien sonreía radiante con los aplausos como si ella misma fuera una de las intérpretes— y luego desapareció tan deprisa que a Daniel le sorprendió que no dejara marcas en el suelo.

No importaba, la encontraría.

Se apresuró a moverse por el pasillo de la parte posterior de la residencia Winstead. De joven se había escabullido de la casa en muchas ocasiones y conocía con exactitud la ruta que seguiría alguien que deseara escapar sin ser detectado. Con toda seguridad, lograría interceptar a la misteriosa mujer antes de que doblara el último recodo que llevaba a la entrada del servicio. Ella no le vio al principio, no le vio hasta que...

—Aquí está —dijo Daniel sonriendo como si saludara a un amigo a quien no veía hacía tiempo. No había nada como una sonrisa inesperada para dejar a alguien descolocado.

Ella dio una sacudida llena de conmoción, y un grito *estacatto* se le escapó entre los labios.

—Dios bendito —dijo Daniel mientras le tapaba la boca con la mano—. No haga eso. Alguien puede oírle.

La atrajo hacia él, era la única manera de mantener su boca bien cerrada y su cuerpo le pareció menudo y delgado pegado al suyo. Temblaba como una hoja; estaba aterrada.

—No voy a hacerle daño —dijo—. Sólo quiero saber qué hace aquí.

Esperó un momento, luego cambió de postura para poder ver su rostro. Su mirada oscura y sobresaltada encontró la suya.

—Y entonces —dijo—, ¿si la suelto se quedará callada?

Ella asintió.

Daniel la estudió.

—Está mintiendo.

Ella entornó los ojos, como diciendo, «¿Y qué esperabas?», y él soltó una risita.

—¿Quién es? —le preguntó.

Y entonces sucedió lo más extraño: ella se relajó en sus brazos. Al menos un poco, sin duda. Daniel notó cómo cedía parte de la tensión, notó también su aliento casi suspirado en su mano.

Interesante. No le preocupaba que no supiera quién era, le preocupaba que lo supiera.

Despacio y con suficiente parsimonia como para asegurarse de que ella tuviera claro que él podría cambiar de idea en cualquier momento, le retiró la mano de la boca. De todos modos no apartó el brazo de su cintura. Era egoísta por su parte, lo sabía, pero no se sentía dispuesto a soltarla.

—¿Quién es? —murmuró, dirigiendo las palabras hacia el oído de la joven.

—¿Y usted quién es? —replicó.

Daniel esbozó una sonrisa caprichosa.

—Yo he preguntado primero.

—No hablo con desconocidos.

Él se rió al oír eso, luego la volvió en sus brazos para verse cara a cara. Sabía que su comportamiento era abominable: abordar de aquella manera a la pobre criatura. Ella no había hecho nada malo, había tocado con el cuarteto de su familia, por el amor de Dios. Tendría que darle las gracias.

Pero lo dominaba una exaltación casi física. Algo en esa mujer había propulsado la sangre por su cuerpo con gran efervescencia, sumado a que ya sentía cierto vértigo por haber llegado por fin a la residencia Winstead tras semanas de viaje.

Ya estaba en casa. *En casa*. Y tenía a una hermosa mujer en sus brazos que con toda certeza no planeaba asesinarlo.

Hacía cierto tiempo que no saboreaba esa sensación en concreto.

—Creo... —dijo sorprendido—. Creo que podría necesitar besarla.

La joven retrocedió con una sacudida, aunque no parecía precisamente asustada, sino bastante perpleja. O tal vez preocupada.

Una mujer lista. Porque lo cierto era que él sonaba más bien como un demente.

—Sólo un poco —la tranquilizó—. Es que necesito volver a recordar...

Ella estaba callada, pero entonces, como si no pudiera evitarlo, preguntó:

—¿El qué?

Daniel sonrió. Le gustaba su voz, era reconfortante y nítida, como un buen brandy. O un día de verano.

—Las cosas buenas —dijo y le tocó la barbilla para inclinarle el rostro y volverlo hacia él. A ella se le entrecortó la respiración, se le aceleró, y su aliento se volvió audible entre sus labios, pero no forcejeó. Daniel esperó tan sólo un momento, porque si se resistía sabía que tendría que soltarla. Pero no lo hizo, y le aguantó la mirada, tan hipnotizada por el momento como él.

Y, al final, la besó. Al principio con cautela, casi temeroso de que desapareciera en sus brazos. Pero no fue suficiente; la pasión cobró vida como un torbellino en su interior y tuvo que atraerla aún más, deleitándose con la leve presión de su cuerpo.

Era menuda, pequeña, de esa manera que producía en un hombre ganas de matar dragones. Pero la sentía como una mujer, cálida y exuberante en los lugares adecuados. Anhelaba rodear con la mano su pecho o la curva perfecta de su trasero. Pero ni siquiera él podría ser tan temerario, no con una desconocida y menos aún en casa de su propia madre.

De todos modos, no estaba preparado para soltarla todavía. Olía a Inglaterra, a llovizna y prados bañados por el sol. Le pareció la mejor clase de paraíso. Quería rodearla por completo, hundirse en su interior y quedarse ahí para el resto de los días. No había probado el alcohol en tres años, pero ahora se sentía embriagado, burbujeante y dotado de una levedad que no pensaba volver a sentir otra vez.

Era una locura, tenía que serlo.

—¿Cómo se llama? —susurró. Quería saberlo, quería conocerla.

Pero ella no contestó. Podría haberlo hecho. De tener más tiempo, seguro que él le habría sonsacado el nombre. Pero ambos oyeron a alguien bajando por las escaleras posteriores, situadas justo al otro extremo del pasillo, donde ellos seguían enlazados en aquel abrazo.

La joven sacudió la cabeza, con ojos muy abiertos y llenos de cautela.

—No pueden verme así —susurró con apremio.

La soltó, pero no porque ella se lo hubiera pedido. Más bien porque vio quienes bajaban por las escaleras —y lo que estaban haciendo— y se olvidó por completo de la morena que tenía entre sus brazos.

Un grito furioso escapó de su garganta y a continuación el joven conde se fue por el pasillo como un loco.